C. CRISTINA MOLINA

ENTRE PIRATAS y pasteles



Áurea Ediciones

Prólogo
En la tormenta

16 de octubre de 1722, en algún lugar del mar Caribe cerca de Bermudas.

El cielo amenazaba con desatar la ira de Poseidón sobre el Artemisa. La Jolly Roger ondeaba furiosa al final del mástil principal, dando la sensación de que quería escapar. Junto al barco pirata de velas negras se encontraba un bergantín español, su presa.

Sobre el puente del Artemisa se posicionaba Harper Spencer, la capitán. Su nombre estaba rodeado de leyendas de pasadas aventuras. Con su único ojo, observaba atenta la cubierta del barco enemigo donde había enviado, por primera vez, a liderar un abordaje a su segundo de a bordo y protegido, Kjeld.

Pese a que los dos personajes vestían con una moda similar, ambos contrastaban en su actitud. Harper, también conocida como la Mujer de Leviatán, era una dama voluptuosa de ondulados cabellos salvajes y con ropa de hombre bien entallada. Se paraba con orgullo ante la situación, como si deseara sentir al máximo cada segundo de emoción que su trabajo le brindaba. Kjeld, por su parte, siendo un rubio caucásico de veinte años, aún no era capaz de levantar la cabeza y "echar los hombros para atrás", como solía decirle su tutora. Sus ojos, de un claro tono castaño, siempre evitaban toparse con los de cualquier otro individuo.

Junto al joven se encontraban varios de sus compañeros de navegación. Todos investigaban de proa a popa el navío cazado, pero ninguno había encontrado señales de los marineros. Una hora antes, los piratas habían podido apreciar sobre esa misma cubierta a un grupo de hombres desesperados. Pero, una vez abordados, el bergantín, temeroso del destino de sus tripulantes, parecía haberse tragado a todos.

Kjeld recibió la bitácora de viaje del bergantín por parte de Lorenzo, el encargado de la limpieza del Artemisa, quien había decidido acompañarlo en la empresa. Mientras el segundo de a bordo leía, su compañero miraba por sobre su hombro fingiendo poder hacerlo también. En eso estaban los dos cuando oyeron gritar:

—¡Se atrincheraron en la bodega! —Era Esteban Bourne, exsegundo de a bordo y miembro más antiguo (por no decir viejo) de la tripulación pirata. El cuarentón aún estaba agitado por la carrera cuando llegó junto a su sucesor.

Se decía que Bourne y Harper tenían casi la misma edad; sin embargo, la capitana no se veía mucho mayor que su protegido. El exsegundo de a bordo, por el contrario, demostraba una vitalidad juvenil, pero no podía ocultar su

poca resistencia y cabello blanco (otrora dorado como el sol, según versan las antiguas historias).

Esteban había abdicado de su puesto precisamente para librarse de la presión que día a día parecía consumirlo. Mas no le dio el corazón para abandonar a sus colegas. Por esa razón, sin necesidad de un cargo relevante, continuaba siendo uno de los tripulantes más respetados del Artemisa.

—No será sencillo sacarlos de ahí… —dijo Bourne tras recuperar el aire.

—¡Protegen oro! —Kjeld lo interrumpió terminando de leer la bitácora—. Acaban de vender doscientos cincuenta esclavos en Nueva Carolina.

—¿No hay más en la bodega? —preguntó preocupado Lorenzo.

—No —respondió el líder repasando su lectura—. Pero si os consuela, hay a lo menos cincuenta mil monedas de oro en ese lugar, además de provisiones suficientes para volver al Viejo Continente… ¿Por cuánto podremos quemar eso en el puerto?

—¿Si es que no lo usamos nosotros primero…? —se alegró el mozo.

—Pero ¿cómo llegaremos ahí? —interrumpió Bourne.

—Viendo el plano se me ha ocurrido algo: están justo debajo de nosotros y a estribor del Artemisa. Si coordinamos una distracción ante la puerta de la bodega, podríamos abrir un agujero aquí y uno por el costado. Entramos en grupos y los reducimos evitando mayores riesgos —planeó Kjeld rápidamente.

—No olvides que la capitana quiere el bergantín para ella, deberías minimizar los daños —observó el exsegundo de a bordo.

—¿Se os ocurre una mejor idea? —se defendió el actual segundo con fachada de alarde por fuera, pero muerto de miedo en su interior.

—Tocar la puerta, como gente civilizada, y atacar de frente —bromeó el veterano—. Les daré tus instrucciones a los hombres. Pero tú responderás ante la capitana si esta tabla se hunde —agregó al notar que su líder no cedería.

Todos conocían a Kjeld por tres cosas. Primero, siempre hablaba de más; segundo, cuando estaba inseguro o mintiendo, tartamudeaba. Y tercero, jamás idearía un plan donde alguien pudiera salir herido, al menos no gravemente. Esta última razón fue por la que la tripulación lo nombró el sucesor de Bourne pese a ser el más joven de ahí.

Para el líder del abordaje era obvio que los tripulantes del bergantín no estaban muy armados. La falta de cañones era la única explicación para poder transportar doscientas cincuenta personas a través del océano en un barco tan pequeño… eso y la calidad de vida que le habrían dado a los forzados pasajeros.

Unos minutos después la maniobra estaba armada. Los piratas movieron un cañón del Artemisa hasta la puerta de la bodega del bergantín. Imperturbable, en el puente, la capitán Spencer dirigía el conteo sin apartar su ojo felino de la cubierta enemiga. Desde su barco apuntaban un cañón de bajo calibre hacia la cara externa de la bodega, mientras Kjeld se preparaba para encender una bomba en la cubierta sobre la misma.

La distracción funcionó perfectamente. A la voz de fuego de la mujer, los hombres atrincherados del bergantín se lanzaron al piso pensando que el cañonazo llegaría desde la puerta. Pero todos quedaron desconcertados cuando sintieron el impacto desde el costado, dando paso a un puñado